

## 081. El Dios que llama

Desde el momento que Dios es un Dios que se esconde, un Dios al que no vemos, un Dios que permanece en la penumbra, parece que sea un Dios desentendido de nosotros. Cuando Dios es, por el contrario, un Dios cercano, un Dios que nos vela, un Dios que no nos suelta un instante. Un Dios, que no hace más que llamar. Y esto es precisamente lo que miramos ahora: al Dios que nos llama, porque nos ama y nos quiere bien. Dios se convierte así para nosotros en un Dios plenamente existencial, real, cercano.

Una joven francesa, Margarita María Alacoque, se dirige a un convento, acompañada de su hermano, y nada más atravesar la puerta y entrar en la primera salita, siente la chica una voz en lo íntimo del alma:

- *Aquí es donde te quiero.*

Ella se dirige después a su hermano, y le dice:

- *Tú, vete a casa. Que Dios te quiere allí.*

Así era. La joven, en el convento, llegó a ser una Santa para los altares; su hermano Juan, un excelente cristiano, esposo y padre. A los dos los llamaba Dios en su puesto, a cada uno en aquel en que iba a ser más feliz.

Al tener la convicción de que Dios nos ha llamado, cada uno se da cuenta de que puede soñar con la felicidad. De que está seguro en la vida. De que basta ser fiel a la llamada que un día se sintió en el fondo del alma, para confiar en Aquel que, cuando llama, es para bendecir, para colmar de gracia, para llevar a término la obra de la salvación, objetivo obligado de todo el querer de Dios.

Basta recorrer la Biblia, para encontrarse en cada página con este Dios que llama. A veces será en circunstancias trágicas, pero siempre para ayudar, para salvar.

- *¡Adán! ¿Dónde estás?...* Y era para hacerle la promesa de un Salvador, después de la tragedia de la fruta prohibida.

- *¡Caín! ¿Dónde está tu hermano?...* Y era para hacerle ver el horror de su acción, a ver si aún había remedio...

- *¡Judas! Toma este bocado...* Y era el último lazo con que Cristo quería sujetarlo consigo, antes de que echara mano de otro lazo fatal...

Eso hace Dios hasta con lo más malo producido por la humanidad. Con los ángeles rebeldes no actuó así, pues no los perdonó, y los tiene sujetos con cadenas infernales para el día del Juicio (2Pedro 2,4; Judas 6)

Dios es un Dios Salvador, que llama para salvar y bendecir con la felicidad.

- *¡Abraham, Abraham!... En ti serán benditas todas las gentes...* Abraham creyó, respondió, fue fiel, se convirtió en el amigo de Dios, y todos los creyentes nos tenemos por hijos suyos.

- *¡Moisés, Moisés! Soy Yo... Vete y saca de Egipto a mi pueblo...* Le costó. Pero obedeció, ¿y quién es grande como Moisés?

- *¡Salve, la llena de gracia!... Aquí está la sierva del Señor. Que se cumpla en mi su voluntad...* Y Dios que se hace Hombre en el seno de aquella muchachita, y Ella que llegará a ser... ¡María! Ya está dicho todo: desde la Madre de Dios hasta la Reina de Cielo y Tierra.

- *¡Venid y ved!...* Juan y Andrés, después Pedro y Santiago, y cada uno de los Doce por igual... ¿Y quiénes son los Apóstoles? Los seres más afortunados que ha habido en

el trato con el Señor; las columnas de la Iglesia que instituye Jesucristo; las puertas — así los presenta el Apocalipsis— de la ciudad de Dios.

Podríamos pensar que todas esas llamadas son demasiado espectaculares. Y es cierto. Pero, en la vida de cada persona, tiene importancia suma, es de la mayor trascendencia, el responder a la llamada suave, calladita, que Dios dirige a cada uno en lo íntimo de su ser. Dios tiene trazado el camino a cada persona, la coloca en él, le invita a seguir adelante, se ofrece a acompañar, ¡y dichosa si se fía de Dios!...

Y esto, por dura que sea la prueba. A Abraham, se le exige que mate a su propio hijo... A Moisés, se le hace la vida imposible con la rebeldía del pueblo... A María, le llega la hora de plantarse ante la cruz del Hijo... A los Apóstoles, les vendrán los azotes en la asamblea judía; a Santiago, la espada; a Andrés, la cruz aspada; a Bartolomé, que lo despellejan vivo; a Pedro, que lo clavan cabeza abajo en una colina de Roma; a Juan, que lo meten en una tina de aceite hirviendo... Las pruebas fueron ciertamente duras. Pero, ¿se ha arrepentido alguno de esos llamados de haber sido fiel a la voz que le invitaba con amor?...

La Beata Gianna Beretta, la mamá que prefirió morir ella antes que se perdiera la niña, quiso ser en un principio misionera. Ya estaba decidida, cuando, circunstancias de la vida, le hacen sintonizar con la voz de Dios, que la quería por otro camino. Se casa. Y es ella la que nos dice, antes de ir a la boda:

*- Dios nos ha señalado el camino, nos ha dado la vida de la gracia. Nuestra felicidad temporal y eterna depende de seguir la llamada. ¿Qué es la vocación? ¡Es un don de Dios, y viene de Dios!*

Ahora, nada de misionera. Ahora: esposa, madre, médico, profesional ejemplar. Y Gianna, de nuestros mismos días, está en los altares. Todo dependió de haber sintonizado con la llamada de Dios (Mensaje 1194)

La voz del creyente, es: *-¿Dios me llama aquí? ¡Aquí estoy! Gracias.*

Cada estrella, al llamarla Dios a la existencia, ¡qué belleza de la Biblia!, dijo: *¡Aquí estoy!* (Baruc 3,35)

Cada estrella sigue después la ruta que Dios le señaló en los espacios, y ninguna se sale de su órbita.

Cada creyente sigue la llamada de Dios, una vez adivinada, y jamás se equivoca al seguirla. No es posible la equivocación, porque, seguir las trazas de Dios, es caminar con pie seguro desde el principio hasta el fin. La vida empezó por Dios, y acaba en el mar infinito de la felicidad de Dios...